

El problema de la alienación

Cuando alguien se identifica con determinada fuerza política, o de otra índole, corre un grave peligro. En la mayoría de los casos, acaba alienado. A grosso modo deja de pensar por sí mismo, de tener opinión propia, y pasa a engrosar las filas de los defensores incondicionales del partido o grupo que sea y de la política que dicho grupo defiende.

La alienación desprovee al ser humano de identidad. Le roba la iniciativa y la capacidad de autocrítica. Por eso, debemos cuidarnos siempre de no caer en la alienación del signo que sea. Sobre todo, la religiosa.

La unidad, es deseable; la uniformidad, detestable. Estar unidos en un mismo propósito nunca debiera confundirse con ser iguales y pensar lo mismo. Pues, nada más lejos de la realidad. En verdad, incluso quienes acaban alienados, no es que piensen igual que el partido o el grupo al que pertenezca, sino que en muchos casos, lo que hay es una renuncia de los valores propios en beneficio de los del partido. Pero renuncia al fin.

Nadie debiera renunciar a sus propios principios. Considero que dicha renuncia es la peor de las traiciones. Pues, consiste en traicionarse a sí mismos, y por supuesto a los demás.

Si algo distingue al ser humano de cualquier otro es precisamente la individualidad. Cada ser humano es distinto a otro. Existen características que nos distinguen y diferencian a pesar de que podamos tener los mismos padres, las mismas metas, y los mismos propósitos, como personas únicas.

Desde estas líneas quisiera hacer un llamado a alejarnos de posturas alienadoras, que lejos de engrandecernos, empequeñecen y desfiguran nuestra propia identidad como seres individuales.

Cuando en un partido o grupo se pierde la capacidad de la autocrítica; cuando nos subimos a los altares de la autocomplacencia y participamos de la egolatría; cuando nos montamos en el caballo de la confrontación sin otro objetivo que atacar al contrario, no por sus propuestas, sino por el simple hecho de que es el contrario, estamos haciendo un flaco favor a la sociedad. Dejan de ser útiles con todo lo que ello significa. Dejan de ser servidores de la sociedad para servirse de la misma.

Quiera Dios que los políticos de éste país maduren en el entendimiento de que el bien común, no es el bien de “mi” partido. De que se deben a la sociedad en su conjunto y no a sí mismos.

Debieran realizarse estudios, prácticas y exámenes para poder ejercer en política. Deberían estudiar cómo depurar sus propias motivaciones.

Cómo el bien de la mayoría debe primar sobre el del grupo al que pertenezcan.

Qué significa servir al país.

En definitiva, principios básicos sin los cuales no se debería permitir que nadie participara en política. Quizás sea un incauto pidiendo una utopía: integridad de una clase, la política que precisamente es conocida e identificada por la corrupción. Pero ¡qué le vamos a hacer! Soy un soñador. Y, sinceramente, no quisiera renunciar a seguir soñando con un país cuyos servidores no se sirvan de él.

¡Cuán diferente sería, si estuviesen dispuestos a aparcar sus propios intereses partidistas por el bien común! ¡Cuán distinto, si los ministros fuesen nombrados por sus cualidades técnicas y humanas y no por su fidelidad a tal o cual grupo.

Oro a Dios, como nos enseña el apóstol Pablo: *Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, **para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad.** Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador. 1ª Timoteo 2.1-3*

Pr. Nicolás García